La Tercera Domingo 12 de febrero de 2023

NAHUEL GALLOTTA

"El Estado puede prevenir un delito puntual, pero no puede prevenir la delincuencia"

Periodista argentino del género policial, Gallotta ha hurgado en la cultura delictual de varios países sudamericanos, con los propios delincuentes como fuentes. La hegemonía del narco en el negocio, y del pistolero "descontrolado" en los barrios, son algunos de los fenómenos que desmenuza para echar luz sobre el actual escenario. "Con este tipo de fuentes es imposible no crear una cercanía", admite, pero es severo con los discursos que atribuyen sus delitos a una vida difícil.

Por ***Daniel Hopenhayn***

Se inició en el periodismo deportivo, pero no encontraba la manera de destacarse. En rigor, lo tenía difícil: cubría el fútbol del ascenso para radios comunitarias. Por eso califica como "el sueño del pibe" su situación actual: acaba de llegar a España convocado por Javier Gómez Santander, guionista de *La casa de papel*, para trabajar durante un mes en un *podcast* sobre ladrones sudamericanos que viajan por el mundo robando relojes de alta gama, tema que investiga hace años. "Son un montón de bandas. Hay argentinos, colombianos, venezolanos, chilenos... Bueno, Chile tuvo siempre esa característica, sus ladrones internacionales".

En el género policial Gallotta sí encontró su sello: la relación directa con los delincuentes, que cultiva adentro y afuera de la cárcel. Trabaja hace 13 años en el diario *Clarín* y lo han definido varias veces como el mejor de su país en el rubro. "Es el mejor por una razón ineludible: se mete en el corazón del delito", escribió su colega Gustavo Grabia, especialista en barras bravas. Su primer libro, *Conexión Bogotá*, retrató a las bandas de colombianos que salen a robar al extranjero e inspiró la serie *Los Internacionales*, estrenada por Paramount el año pasado con Cecilia Roth en el rol estelar. Luego publicó *Bandidas*, donde narra las vidas de 11 profesionales del delito, desde estafadoras hasta traficantes.

"En realidad, yo conocí ese mundo en la adolescencia", explica. "Cuando tenía 12 años, mi papá tomó la concesión de la confitería del club del que soy hincha, General Lamadrid. Y ahí paraba todo tipo de gente: estafadores, pequeños vendedores de droga, alguno que otro que intentó viajar como mula a España. Y empecé a ser testigo de todas esas movidas, a entender cómo funcionan. A los 13 o 14, ya me juntaba con un grupo de amigos en la Plaza Terán, de Villa Devoto, mi barrio. De ese grupo, la mitad cometía sus primeros delitos y la otra mitad repartíamos pizzas. Y en otra parte de la plaza se juntaba gente más grande que viajaba a delinquir a España. Entonces, crecí escuchando historias delincuenciales. Y me atraían, por supuesto".

¿Te conformabas con escucharlas?

Sí, nunca quise pertenecer. De hecho, me atraía entender por qué mis amigos elegían esa vida, cuando para comer teníamos, ¿no? Y bueno, cuando publiqué mis primeras notas en el diario *Crítica*, un chico con el que había repartido pizzas, Ardilla, me cuenta que está cobrando secuestros virtuales que se hacen desde la cárcel y me ofrece contarme todo para una nota. Hice la nota, los editores me felicitaron y Ardilla, que hoy está preso, me dice: "Nahuel, mirá que también estoy levantando autos, si querés te cuento sobre eso". Después de esas dos notas, yo dije "pucha, con todo lo que sé, tengo que hacer la diferencia por este lado". Y le di hasta el día de hoy.

¿Hay rubros del delito en los que no te metes?

Todo lo que sea asesinos seriales, femicidas, violadores, no me interesa en lo más mínimo. Con el narcotráfico empecé hace poco. Mi fuerte en los primeros años eran las historias de pibes chorros, adolescentes o no tanto, del conurbano bonaerense. Después, en algunas cárceles ya había presos grandes que conocían mi trabajo, entonces el grupo de contactos fue creciendo. Y claro, las historias de pibes chorros ya te empiezan a aburrir. Quieres saber cada vez más, ir hacia donde va el delito grande. Y cuando conoces a ladrones que se toman un avión para ir a robar a Malasia, y que tienen otro estilo de vida, otras ideas de qué hacer con el dinero, ya te quieres enfocar en eso.

> "En Chile y Argentina siempre fue "acá mandamos nosotros, los ladrones, a diferencia de Brasil, Colombia o Perú, que eran los narcos (...) Todo eso se acabó. Los narcos ya mandan en todas partes".

Más allá de las nuevas modalidades del delito, ¿cuáles son los cambios culturales más importantes que has visto en ese mundo en los últimos 20 años?

El cambio más grande es que hace 20 años todo el mundo del delito –el de los profesionales, digamos– estaba en contra del narcotráfico. En Chile y en Argentina siempre fue "acá mandamos nosotros, los ladrones", a diferencia de Brasil, Colombia o Perú que eran del narco. Y te decían que ellos consumían droga, pero nunca la iban a vender, porque eso era arruinar a los adolescentes y demás. Bueno, todo eso se acabó: los ladrones se metieron al negocio y los narcos ya mandan en todas partes. Y los ladrones de códigos ya están grandes, no están dispuestos a hacer locuras. Otro cambio importante es que el delincuente de antes "sabía perder", digamos.

¿En qué sentido?

Si caía preso, decía "bueno, me toca perder y pago mi condena". Como que resignaba el barrio y los clientes, ¿no? Hoy siguen manejando todo desde la cárcel y algunos incluso hacen más plata adentro, porque ahí hacen negocios con los que mueven otros barrios. Y un tercer cambio importante es que las organizaciones, o los líderes, son cada vez más ambiciosos. El tipo que antes te decía "yo vendo en este barrio, esto es lo mío", hoy te dice "no, yo además voy a copar el barrio de al lado, y después voy a copar el otro".

En ámbitos muy diversos, desde literarios a policiales, se practica la nostalgia por la ética del delincuente antiguo con la que el narco habría arrasado. ¿Estás en esa línea?

Es algo que siempre intento reflejar cuando voy a un barrio: contar cómo era el antes y cómo es el hoy. Porque en todos los barrios te dicen eso: "No, antes los ladrones te cuidaban, estaba prohibido robar acá adentro". Lo que pasa es que al narcotráfico también hay que dividirlo en dos. Porque el microtráfico, el de los barrios, es el que está descontrolado. El macro, el empresarial, está en otras ligas. Y en términos culturales, la brecha es cada vez más amplia. Uno es un marginal que vive mal, que trabaja sin precauciones, que alardea de lo que hace y cuya meta es ir a la discoteca a gastar en *champagne* y que todos lo vean. Y el otro es como un señor, ¿no? Se cuida mucho más. Es muy ambicioso, es adicto a la adrenalina y al dinero, pero lleva una vida más tranquila, por lo general no consume drogas y siempre invierte una parte de sus botines. Pero lo que más lo diferencia, tal vez, es que busca que sus hijos tengan otro futuro. Entonces, se va del barrio apenas puede. Y lo que está pasando es que